

HANNAH ARENDT: *La vida del espíritu*, Paidós, Barcelona, 2002. Traducción de Fina Birulés y Carmen Corral. 470 páginas.

A Hannah Arendt le sorprendió la muerte en 1975 ocupada en la redacción de *La vida del espíritu*. Ésta no es una obra desconocida para el público español, pero la editorial Paidós nos ha ofrecido la oportunidad de comentar este libro puesto que ha tenido el acierto de promover una nueva edición y traducción del mismo. *La vida del espíritu* se publicó por primera vez en castellano en 1984 bajo el auspicio del Centro de Estudios Constitucionales, cuya colección Clásicos Políticos es un referente imprescindible para los estudiosos de la Teoría y la Filosofía Política por la calidad de su fondo, pero llevaba ya unos años descatalogada. En aquel momento la traducción fue realizada por Ricardo Montoro y Fernando Vallespín con una calidad y un cuidado comparables al que ahora han puesto Fina Birulés y Carmen Corral. Debemos felicitarnos, pues, de que el público culto e interesado en el pensamiento de Arendt tenga de nuevo a disposición en castellano este interesante libro, que viene precedido por la traducción de algunas otras de sus obras que aún permanecían inéditas en nuestra lengua¹. Esto contribuirá, sin duda, a que en nuestro ámbito cultural y lingüístico haya un mejor conocimiento de la obra de una autora insoslayable en el pensamiento y en la reflexión política del siglo xx.

¹ Coincidiendo con la conmemoración del vigesimoquinto aniversario del fallecimiento de Hannah Arendt en diciembre de 2000 se han publicado diversos textos de la autora. Mencionaré sólo algunos: *Rahel Varnhagen. Vida de una mujer judía*, Lumen, Barcelona, 2000; *Correspondencia 1925-1975 Arendt/Heidegger*, Herder, Barcelona, 2000; *El Concepto de Amor en San Agustín*, Encuentro, Madrid, 2001 (su tesis doctoral); y *Hombres en Tiempos de Oscuridad*, Gedisa, Barcelona, 2001.

La vida del espíritu es un estudio sobre las tres facultades humanas propias de la *vita contemplativa*: Pensamiento, Voluntad y Juicio. En correspondencia con esto el libro se estructura en tres partes, aunque el último capítulo dedicado al Juicio lamentablemente no pudo ser redactado por Arendt. Aún así, su editora y albacea literaria, Mary McCarthy, recopiló unas notas de un curso sobre la filosofía política de Kant que Arendt había ofrecido en la *New School for Social Research* en 1970. Las breves anotaciones publicadas no nos permiten un análisis extenso del pensamiento de Arendt sobre el Juicio, pero otra obra póstuma de reciente traducción al castellano, *Conferencia sobre la Filosofía Política de Kant*, permite al estudioso completar la visión de la autora sobre este asunto².

El libro que aquí comentamos parte de una cuestión que centró las reflexiones y las preocupaciones de Hannah Arendt, especialmente desde la publicación de su obra sobre el juicio contra el nazi Adolf Eichmann³ —que tuvo lugar en Israel en

² La traducción la ha realizado Carmen Corral y el libro ha sido publicado por la editorial Paidós este mismo año.

³ El título completo de este polémico libro que le valió numerosas críticas a Hannah Arendt es *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Lumen, Barcelona, 1999. Una de las últimas referencias críticas a esta obra de Hannah Arendt se encuentra en el libro de Tzvetan Todorov *Memoria del mal, tentación del bien. Indagaciones sobre el siglo XX*, Península, Barcelona, 2002, en cuya página 151 señala que él evitará hablar de “banalidad del mal” porque ni el mal que ejecuta Eichmann ni él mismo son banales. Arendt, a mi juicio, utilizó el calificativo banal para valorar la actitud totalmente superficial, carente de sentido y ausente de juicio que adopta Eichmann ante las atrocidades de las que es res-

1961—: la manifiesta incapacidad para pensar que demostró el acusado, la alienación de su voluntad para resistirse a cometer actos execrables y la capacidad de juicio de los seres humanos. En definitiva, lo que inquietaba a Arendt, como a otros pensadores antes y después de ella, era la naturaleza del mal⁴. Sin embargo, *La vida del espíritu* no es un estudio filosófico sobre el mal sino que este tema planea sobre sus reflexiones y las inspira. Por eso, el lector no debe esperar hallar largas disquisiciones y conclusiones certeras sobre el mal, aunque a cambio encontrará un magnífico acicate para pensar y reflexionar sobre éste y otros temas.

En la parte dedicada al Pensamiento, que es, a mi juicio, la más densa y elaborada del libro, Arendt comienza estableciendo una serie de premisas que son un buen reflejo de sus años de reflexión e indagación teórica. No es el pensamiento cognitivo el objeto de su estudio sino el reflexivo, el que produce significado en vez de conocimiento, según la distinción kantiana. A partir de ahí, inicia una crítica de lo que ella llama “falacias metafísicas”. Una de ellas consiste en la distinción entre el Ser —Auténtico— y la —Mera— Apariencia, que a renglón seguido le otorga una superioridad al primero sobre la segunda por ser ésta superficial y basada en los sentidos. La om-

ponable, ante sus propios hechos. No me parece posible que ella pensara que el sujeto de la acción era banal y sus hechos aún menos.

⁴ Una interesante panorámica de la forma de abordar y entender el mal a lo largo de la Historia del Pensamiento se encuentra en el libro de Rüdiger Safranski *El mal o el drama de la libertad*, Tusquets, Barcelona, 2002. También Rafael del Águila publicó un magnífico artículo que recorría las distintas formas de tratar y abordar el mal en la Historia del Pensamiento: “De los males políticos” en *Revista de Libros*, nº 59 (noviembre 2001), pp. 3-7.

nipotente ciencia moderna, que descubre y explica las leyes del mundo natural y social que se esconden tras la superficie, contribuyó en gran medida a consolidar esta dicotomía y a despreciar el conocimiento originado por los sentidos (Descartes). Arendt, sin embargo, no se sentía cómoda con este punto de vista porque, según ella, Ser y Apariencia coinciden debido a que “todo lo que es está destinado a ser percibido por alguien” (p. 43). La otra falacia, muy relacionada con la anterior, se refiere a la mayor importancia dada a lo que ocurre en el interior del individuo, la vida interior, frente a lo que se nos aparece en el exterior. El resultado de la unión de ambas falacias es que el Ser interior es cualitativamente superior a la Apariencia exterior trazando, así, una separación tajante que no se corresponde con la experiencia real o habitual de los individuos. Arendt sostiene que el yo pensante siente que necesita soledad, alejamiento del mundo de las apariencias y quietud, pero esto no significa que la actividad interior esté completamente desgajada de lo *externo* y de la capacidad del individuo para recrear lo que no está presente.

Así pues, las implicaciones de negarse a pensar son varias y con profundas consecuencias. Supone, por un lado, rechazar una facultad propia del ser humano y, por otro, eludir el quedarse a solas con uno mismo y sus pensamientos. Para ilustrar esto último Hannah Arendt recurre a un bello texto de Shakespeare extraído de *Ricardo III* en el que el rey asesino teme quedarse solo ante su conciencia moral y huye en busca de compañía (p. 212). Si el objetivo del Pensamiento reflexivo es buscar significado y sentido a nuestras acciones, actitudes o comportamientos, su ausencia supone una vida carente de plenitud y de temor al tribunal de nuestra propia conciencia moral (Kant). “A quien desconoce la relación silenciosa del yo consigo mismo (en la que se examina lo

que digo y lo que hago) —concluye Arendt— no le preocupará en absoluto contradecirse a sí mismo...ni le preocupará cometer cualquier delito, puesto que puede estar seguro de que será olvidado al momento siguiente. La gente mala —diga lo que diga Aristóteles—, *no* está llena de remordimientos” (p. 213).

Me he extendido sobre esta parte del libro, que, por otro lado, incluye un interesante análisis del lenguaje y las metáforas, porque me parece que la relación entre el mal y la ausencia de Pensamiento es reveladora, original y muy fructífera. Quizá Arendt no estuviera en lo cierto y las raíces del mal estén en otro lugar, quizá falte una extensa consideración sobre la formación de esa conciencia moral, pero creo que encierra una interesante advertencia para los ciudadanos de las sociedades actuales abocados y pelipados a la vida rápida, a la falta de reflexión y a la búsqueda constante de compañía para evitar la soledad, para evitar nuestro yo pensante.

Con la misma fuerza que nos negamos a pensar renegamos del Juicio. No queremos juzgar porque en el fondo carecemos de criterios para hacerlo y volvemos a temer que nuestro juicio sobre los otros se nos vuelva contra nosotros mismos cuando nos quedamos en quietud. Siguiendo los planteamientos kantianos de Arendt, ésta es una postura cuestionable y peligrosa. El Juicio, a diferencia del Pensamiento, no se retira de las Apariencias sino todo lo contrario, ya que es la actividad humana más propiamente política de las tres y requiere para su conformación de un público o de unos espectadores. El Juicio supone una disposición a examinar y considerar la perspectiva de los demás sin tener por ello que “aceptar lo que sucede en las mentes de los otros” (p. 455). Juzgar no significa, pues,

asumir pasivamente el punto de vista del otro porque incurriríamos en un prejuicio, pero tampoco se trata de imponer nuestro propio criterio a los demás. Se trata de recrear el mundo de los otros y de reflexionar sobre unos criterios de aprobación o desaprobación. La responsabilidad, cuando no la angustia, y el esfuerzo de discernimiento y de comprensión de los demás que esta actividad requiere nos ha llevado a los ciudadanos, entre otras razones, a renunciar al ejercicio de una facultad propiamente humana y política, y a aceptar impasibles la confusión moral y la ausencia de criterios de juicio y comportamiento en una cada vez más atrofiada esfera pública.

No quiero acabar esta extensa reseña, en la que creo que queda patente mi entusiasmo por este libro, sin hacer alguna mención sobre la parte dedicada a la Voluntad. La Voluntad es la facultad humana que más directamente se relaciona con la Libertad, con la capacidad de actuar y, por tanto, de moldearse a uno mismo y de aparecer en el mundo. Sin embargo, como señala Arendt, ésta fue una facultad desconocida en la Antigüedad griega y que irrumpe de la mano del Cristianismo. Esta peculiaridad de la Voluntad lleva a la autora a plantear un esclarecedor recorrido por la Historia del Pensamiento, ocasión que aprovecha para desplegar su profundo conocimiento de la tradición bíblica, del pensamiento medieval y de la filosofía alemana, especialmente de autores como George F. Hegel, Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger. Es una síntesis muy sugerente en torno a la Voluntad y la Libertad, más fácil de seguir que otras partes del libro, pero igual de interesante e inquietante.